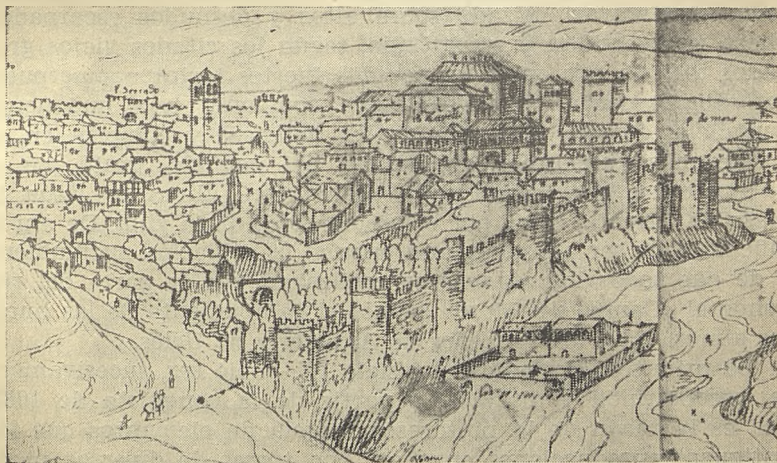


drid fué una plaza militar de primer orden. Su origen, su existencia y cuanto posteriormente fué y es, provienen exclusivamente de su posición estratégica y de la extensión y fortaleza de sus defensas, hasta el punto de que, a lo largo de toda la vida medieval, Madrid fué considerado y estimado únicamente por su gran valor militar, en el que superó a los de Avila y Segovia, aunque éstas suenen luego con mucho mayor relieve en los sucesos políticos de los reinados castellanos.

Ese valor y esa importancia excepcional de Madrid se concentran en su castillo o alcázar, al que Madrid debe su formación, aquel alcázar «formidable», cuyos restos cimentan todavía el subsuelo del Palacio Real, en el que la villa ha de ver el símbolo claro de su pasado y hasta de su propia razón de ser. Fortaleza dotada, según el Hymyari, «de las mejores obras defensivas»; llave culminante, frente al Norte, de toda la raya o frontera árabe, y base principal de operaciones del sistema táctico musulmán, de donde Almanzor organizará y lanzará sus temidas y victoriosas expediciones. Alcázar jamás expugnado—tales fueron sus defensas—, ni por las irrupciones cristianas de los Reyes leoneses, que, como Ramiro II, en 932, y Fernando I, en 1047, no consiguieron asaltarlo, aun cuando la villa se les rindiera, ni en los posteriores ataques con que los almorávides, en 1110, y los almohades, en 1195, pretendieron envolver a Toledo para anularlo. La posesión de la fuerte «Almedina», o «Almudena», madrileña, significaba simplemente, para el Norte



Madrid.—Parte sur del antiguo recinto en el siglo XVI.
Dibujo de Hoefnaegel (1563-1570).